

El regreso

Algunos atraviesan la vida como si jugaran a un videojuego que les permite saltar de pantalla en pantalla, según su estado de ánimo y sus ansias de aventura. No cuesta nada escoger un camino pues si fallan regresan a la casilla del inicio y siguen probando su suerte. Pero la vida no es un videojuego y nuestras decisiones roturan nuestro porvenir. Suele fascinarme

5 la alegría con la que algunos matrimonios aportan criaturas a este valle de lágrimas. En algunos casos que no me caen demasiado lejos observé que el aburrimiento les arrastró hacia esos importantes trances. Se aburrían, mucho, y lo de organizar una boda y luego alumbrar un nuevo ser se les antojaba emocionante. Los preparativos entretienen y el cine romántico, pastelero, ha dulcificado con tanto brio estas pruebas que muchos se lanzan sin red. Luego se

10 divorcian, claro, y anda guerreando hasta la eternidad por las pensiones alimenticias, las custodias compartidas o no y el reparto de las vacaciones de unos crios condenados a sujetar una maleta. Nadie les obligó al matrimonio o a la paternidad, fue su decisión y deben acarrear con las consecuencias. Por supuesto existe una segunda oportunidad, y una tercera, y una cuarta si me apuran... pero las decisiones de alto voltaje, por llamarlas de alguna manera, exigen dura

15 penitencia porque a lo mejor se cruzó el punto de no retorno. Algunos de los que marcharon fieros para luchar en el bando de las fanáticas y decapitadoras fuerzas del ISIS desean regresar tras la derrota a la confortable existencia de los países que les alimentaron y les instruyeron. Poseer pasaporte de la Unión Europea o de los USA les concede, en principio, el derecho al retorno, pero Inglaterra y los USA ya les han dicho que no, gracias. La vida, en efecto, no es

20 un videojuego y conviene apechugar con las decisiones.

RAMÓN PALOMAR, *Las Provincias*, 26/02/2019

Palabras

En la Real Academia nos limitamos a recoger el estado de la lengua en un momento concreto, como el médico con un paciente. Nuestro paciente cambia cada minuto

Quienes trabajamos en la Real Academia pasamos horas discutiendo sobre palabras. Algunos somos de la casa en tanto que literatos o traductores, pero hay muchos profesionales: lexicógrafos, gramáticos, filólogos. Casi todas las palabras que entran en discusión son sugerencia de gente que consulta el uso y abuso de algún término, o propone cambios. El lenguaje es un

5 organismo viviente, como los océanos y casi de igual tamaño. Cada día aparecen invenciones y equívocos. Recuerdo una sesión que se la llevó entera la palabra 'peineta' cuando va acompañada por el anular enhiesto. Épico.

Es frecuente que nos escriban exigiendo cambios. Tendencia que ha tomado gran ímpetu desde que el agravio se ha convertido en el modo de vida de mucha gente. El agraviado no

10 soporta que el diccionario lo defina: sólo él sabe cómo debe ser definido. Sin embargo, quienes trabajamos en esa tarea no somos dueños de alterar o inventar por antojo. Nos limitamos a recoger el estado de la lengua en un momento concreto, como el médico con un paciente. Sólo que nuestro paciente cambia cada minuto.

La disputa suele establecerse entre aquellos académicos que quieren registrar todas las palabras que aparecen, sin dejar una sola fuera (los descriptivistas), y aquellos otros que prefieren

15 rechazar las palabras que abaratan o ensucian el lenguaje (los prescriptivistas). Lo más curioso de los últimos años es que una minoría poderosa y rica quiere imponer su léxico sobre toda la población. Cuando un alto cargo político exige que se use el lenguaje según a él le apetece está actuando como un déspota ilustrado. Lo cierto es que sólo si la gente usa esos términos con

20 normalidad puede entonces la RAE aceptarlos. Los académicos somos demócratas del *logos*.

FÉLIX DE AZÚA, *El País*, 11/12/2018